

El listo y el tonto

I

Había una vez, en una ciudad, dos hombres muy adinerados que vivían en hermosas mansiones.

Cada uno de ellos tenía un hijo y los dos niños estudiaban en la misma escuela. Uno estaba dotado de aguda inteligencia, era sumamente listo y, en cambio, el otro..., no es que fuera tonto, sino que la suya era una mente simple, en la que no cabían pensamientos e ideas demasiado profundos o complejos.

Entre los dos niños reinaba una gran amistad y sentían mucho cariño el uno por el otro, pese a que —como se ha dicho antes— uno de ellos era muy inteligente y el otro algo simplón y de mente poco ágil.

Pero llegó un día en que los dos hombres ricos antes mencionados sufrieron grandes pérdidas y sus respectivas fortunas mermaron enormemente. Y siguieron menguando más y más, hasta que lo perdieron todo y se vieron abocados prácticamente a la indigencia. Lo único que pudieron conservar fueron las casas en que vivían.

De modo que no tuvieron más remedio que decirles a sus hijos:

—Ya no podemos seguir atendiendo a vuestras necesidades ni pagando vuestros gastos, hijos míos; de-

beréis buscar la manera de hacerlo por vuestra propia cuenta.

Entonces, el simple decidió aprender el oficio de zapatero. Pero el listo, que era tan inteligente como ya se ha dicho y una persona de mente aguda, se tomó cierto tiempo para reflexionar acerca de lo que podía hacer y luego decidir a qué se dedicaría.

Cierto día, mientras paseaba por el mercado, vio pasar una enorme carreta tirada por cuatro briosos caballos. Se dirigió a los mercaderes que se desplazaban en ella y les preguntó:

—¿De dónde sois?

—De Varsovia —le respondieron.

—¿Y hacia dónde vais?

—A Varsovia —fue otra vez la respuesta.

Entonces les dijo:

—¿Quizás necesitéis alguien que os sirva?

Los mercaderes comprendieron —por sus modales y su manera de hablar— que era un joven inteligente y pensaron que debía ser capaz de hacer las más diversas tareas. Eso les pareció interesante, por lo que decidieron contratarlo y llevárselo con ellos. Y así fue como viajó con los mercaderes a Varsovia y los sirvió solícitamente durante todo el camino.

Pero apenas llegó a la ciudad y, dado que la suya era una mente muy aguda, reflexionó:

«Puesto que ya estoy en Varsovia, ¿qué sentido tiene que me quede al servicio de estos mercaderes? Es posible que aquí encuentre mejor colocación; iré a ver qué es lo que hay y entonces podré decidir...»

Y también allí se dio una vuelta por el mercado, en el que comenzó a preguntar a unos y a otros por los comerciantes que lo habían llevado hasta allí y a indagar si había quien conociera un puesto mejor en el que pudiera desempeñarse.

Todas las personas con las que habló le dijeron que quienes lo habían empleado hasta entonces eran gente honrada y que cualquiera apreciaba trabajar con ellos porque recompensaban y trataban de manera justa a sus servidores: «El único inconveniente –comentaron–, era que estar a su servicio resultaba algo incómodo, debido a que constantemente sus asuntos de negocios los llevaban a realizar largos viajes y complicados trayectos, porque sus transacciones y negocios tenían lugar en sitios lejanos».

Así informado, continuó paseándose por el mercado en el que circulaba multitud de empleados de diversas tiendas y bazares. Y tal como suele ser costumbre, iban ataviados con sus típicos sombreritos, sus zapatos puntiagudos y el resto de detalles característicos que componen los atuendos propios que visten los servidores de tenderos. A un joven tan inteligente y de agudo pensamiento como éste era, eso le agradó mucho: mejor dicho ¡le encantó! Además, pensó: «debe ser un trabajo grato y podré estar cerca de donde me alojo, sin desplazarme a lugares remotos ni realizar viaje ninguno».

Se presentó, pues, ante los señores que lo habían llevado consigo a la ciudad y les dijo que no seguiría a su servicio puesto que ya no le convenía. Y añadió que nada le debían, que los servicios que les había pres-

tado durante el camino hasta Varsovia, habían sido ya compensados por haberse hecho cargo ellos de su manutención durante el viaje, que estaban en paz.

Y de inmediato consiguió llegar a un acuerdo con el propietario de una tienda para trabajar allí.

Tal como suele suceder habitualmente, a este chico le pasó como a otros principiantes: hay que empezar desde abajo y, como también es obligado, comenzar recibiendo un pequeño salario a cambio de grandes esfuerzos y duras tareas, toda vez que el recién empleado comienza obteniendo el puesto más insignificante en la escala del servicio. Sólo al cabo del tiempo, se va adquiriendo mayor categoría y mejor salario.

De manera que el tendero le encomendaba trabajos muy duros y lo enviaba a hacer arduas tareas como entregar mercancías, lo que es frecuente en los servidores de tiendas, por lo que su espalda y sus codos debían soportar cargas.

Eso era demasiado para él. A veces, se veía obligado a subir con las mencionadas pesadas cargas hasta un almacén situado a gran altura y al que se debía acceder subiendo largas escaleras. Por eso, aquel trabajo le resultaba muy penoso.

Cierto día comenzó a reflexionar, ya que era una persona dada a filosofar: «¿De qué me sirve tener este trabajo, ¿acaso está entre mis proyectos casarme y mantener a una familia como es el caso de otros empleados? Ésa no es mi situación. Ya llegará el momento en que tal cosa ocurra. Mientras tanto, lo apropiado para mí es seguir viajando y viendo un poco de mundo...».

Entonces volvió a darse una vuelta por el mercado y, al igual que le había sucedido cuando decidió dejar su tierra, vio unos mercaderes que montaban en grandes carros y les preguntó:

—¿Hacia dónde vais?

—A Lugano —le dijeron.

—¿Me llevaríais con vosotros?

—Por supuesto, —le respondieron.

Y se fue con ellos. Después se marchó a Italia. Y desde Italia prosiguió su viaje para visitar España.

Así fueron pasando varios años y el joven se iba convirtiendo en un hombre cada vez más sabio, al mismo tiempo que iba conociendo muchos países y viviendo en ellos innumerables experiencias.

Un buen día volvió a reflexionar sobre su vida y se dijo: «Ha llegado el momento de tener algún proyecto concreto». E imbuida como estaba su mente de la sabiduría adquirida se le ocurrió que lo mejor sería que aprendiera a trabajar el oro. «Porque ésa —pensó— es una de las artes importantes y hermosas, para la que se necesita destreza e inteligencia y, también, lo que no es nada despreciable, se trata de un oficio de gente rica.»

Y como era tan sagaz no tuvo necesidad de estudiar durante muchos años, tal como otros aprendices, sino que en un breve período de tiempo, ya dominaba el arte de la orfebrería y se convirtió en un experto artesano. A tal punto que llegó a ser mejor joyero que el propio maestro que le había enseñado el oficio.

Pero como sucede con los que se dedican a filosofar, pasado un período de tiempo, volvió a reflexio-

nar: «Pese a que ya he adquirido un gran dominio del arte de la joyería, no debería conformarme con ello, ya que si bien es cierto que actualmente éste es un oficio importante, ¡quién sabe!, ¿y si andando el tiempo, hubiese otro en su lugar de mayor categoría?».

De modo que decidió colocarse nuevamente como aprendiz, pero en aquella ocasión junto a un tallador de gemas. Y le ocurrió lo mismo que con el oro, que, debido a su inteligencia, en un breve período de tiempo, consiguió dominar la materia a la perfección.

Pero, como no podía evitarlo, una vez más, llevado por su mente que tendía a filosofar, reflexionó: «Ya soy experto en dos importantes artesanías, pero ¿quién sabe?, quizás andando el tiempo ambas pierdan su categoría. Yo debería aprender una profesión de las que siempre, por los siglos de los siglos, mantenga su importancia». Y decidió que estudiaría medicina, ya que se trata de algo que siempre es necesario, que jamás podía perder valor. Y tal como es menester para quienes quieran estudiar la medicina, antes deben aprender latín, tanto la lengua hablada como escrita, así como es obligado estudiar filosofía.

Al igual que anteriormente, también estas materias las aprendió en un breve período de tiempo. Pronto se convirtió en un gran filósofo, en un excelente médico y en un experto en todos los saberes.

Una vez alcanzado este punto, el mundo entero le pareció pequeño. Es decir, empezó a pensar que nadie, que ninguna persona en el mundo tenía inteligencia suficiente o, por lo menos, no tanta como la

que él atesoraba: puesto que era tan sutil orfebre, tan sabio filósofo y tan buen médico. Todos se le antojaban un hatajo de ignorantes.

Por entonces comenzó a pensar en la posibilidad de casarse. Pero vacilaba y, mientras daba vueltas al asunto, de pronto, una idea pasó por su mente: «Si decido casarme y fundar una familia tan lejos de donde he nacido, ¿quién sabrá de mí? Quizás lo mejor sería regresar a casa, para que todos vean lo que he conseguido. Cuando me marché, no era más que un jovencuelo inexperto y ahora, ¡hay que verme!, he llegado a ser un hombre de mucha categoría».

Y así fue como regresó a su ciudad natal.

Durante el camino de regreso padeció muchísimo, debido a que dada su enorme sabiduría no encontraba ningún interlocutor a su altura. Tampoco consiguió hallar ninguna posada o albergue que considerara dignos de su grandeza.

Por eso, a lo largo de todo su viaje, lo acompañaron los sufrimientos.



Dejemos, por ahora, un poco de lado la vida de este joven tan listo; es el momento de relatar lo que ocurrió con su amigo, el simple.

Tal como se mencionó antes, éste se hizo zapatero. Y, como era persona de corto entendimiento, tuvo que esforzarse muchísimo y durante un tiempo bastante prolongado, hasta que por fin consiguió hacerse con el oficio. E incluso cuando finalizó su

aprendizaje, tampoco puede decirse que lo dominara completamente. No obstante, se había casado y se ganaba la vida y sustentaba a su familia arreglando zapatos. Pero claro, al ser tan simple como se ha dicho y no conocer bien su labor, se ganaba la vida con dificultad y su bienestar, por así decirlo, era bastante azaroso. Y eso, pese a que trabajaba tanto que apenas tenía tiempo para llevarse un bocado a la boca; y es que se veía obligado a empeñarse arduamente en la tarea como cualquiera que no conoce bien su trabajo.

Mientras se afanaba, lezna y punzón en mano, a fin de coser la suela a una bota, tal como suelen hacer los zapateros, aprovechaba para comer, de tanto en tanto, un trozo de pan y ésa era toda su comida.

Pero la suya era una naturaleza que lo llevaba a estar siempre de buen talante, dominado por la alegría y contento. Por eso, le daba la impresión de que se alimentaba con todo tipo de manjares y exquisitas bebidas, y que vestía lujosos ropajes.

Solía decirle a su mujer:

—Esposa mía, ¡dame algo de comer!

Y cuando ella le alcanzaba un trozo de pan y él lo engullía, volvía a decir:

—¡Ahora, dame un poco de sopa con cereal!

Ella entonces partía otro trozo de pan que él también comía sin cesar de alabarlo así:

—¡Qué caldo más exquisito! ¡Te ha salido delicioso!

Del mismo modo pedía a su esposa que le sirviera una ración de carne.

Y, una vez más, ella le daba un trozo de pan y él se lo comía y nuevamente lo agradecía, diciendo:

—¡Qué carne tan sabrosa!

Así sucesivamente: pedía y pedía los platos más succulentos. Pero, pidiera lo que pidiera, ella respondía alcanzándole un trozo de pan. Y, en ocasiones, él sentía un placer tan grande al comerlo que el tono de sus alabanzas se elevaba y llegaba a exclamar:

—¡Pero qué bueno es este plato, un verdadero manjar!

Lo decía tan convencido, como si realmente así fuera.

Porque, en realidad, era capaz de apreciar en ese trozo de pan que comía el sabor de los succulentos platos que había pedido y eso se debía a su simpleza y a su sempiterna alegría.

También solía decir:

—Esposa mía, dame un vaso de cerveza.

Y ella le daba uno de agua.

Entonces, él solía alabar:

—¡Qué cerveza más rica!

Y luego:

—¡Dame una copa de hidromiel!

Y ella le servía otro vaso de agua.

Pero, también en esa ocasión, él volvía a deshacerse en alabanzas:

—¡Pero qué hidromiel más exquisita!

Así pedía que le sirviera vino y otras bebidas, pero siempre recibía un vaso de agua que él alababa, mientras se lo bebía como si en realidad fuese lo que había pedido.

Lo mismo ocurría con la ropa que vestía.

Su esposa y él compartían un único abrigo. Y cuando él tenía que ponérselo, por ejemplo, porque tenía que ir al mercado, decía:

—Esposa mía, ¡alcánzame el abrigo!

Y ella se lo daba.

Pero cuando tenía que vestir una chaqueta de cuero porque iba a ver a personas importantes, decía:

—Esposa mía, ¡alcánzame aquella chaqueta de cuero!

Y cuando ella le daba su único abrigo, el muy simple se lo ponía y se sentía tan cómodo y tan abrigado que no paraba de alabar la prenda:

—¡Qué elegante es esta chaqueta!

En alguna otra ocasión, solicitaba:

—Esposa mía, ¡alcánzame el caftán!

Y ella, una vez más, no podía ofrecerle otra cosa que el único abrigo que tenían y que él alababa sin cesar:

—¡Hay que ver lo bonito y bien confeccionado que está este caftán!

Igualmente solicitaba unas pieles y ocurría lo de siempre: su esposa le daba el abrigo y él lo alababa y sentía un placer muy grande al vestirlo.

¡Estaba dominado por la alegría y el buen humor en todo momento!

Cuando acababa de componer un calzado, y no era raro, sino bastante más que posible que éste tuviera tres puntas en su extremo, ya que no dominaba bien su oficio, lo tomaba entre sus manos y disfrutaba muchísimo mirándolo, mientras lo elogiaba, diciendo:

—Esposa mía, fíjate, ¡qué belleza, qué perfección, cuánta hermosura en un zapato, es un primor, un primor de zapatito...!

En esas ocasiones, ella solía preguntarle:

—Pero si en verdad es así como dices, ¿por qué otros zapateros cobran tres monedas por arreglar un par de zapatos y tú en cambio cobras la mitad?

Y él le respondía:

—¿Y eso qué importa? Este zapato es obra mía y ellos tienen las suyas propias; por lo demás, ¿por qué debemos hablar de otras personas? Lo que nosotros tenemos que hacer es calcular únicamente mi ganancia, ¡eso es lo que nos interesa!, no lo que hacen los demás. Vamos a ver... Cuánto me cuesta el cuero que he empleado, la cola, el hilo de coser y los otros materiales, sumándolo todo, me queda una ganancia limpia de diez céntimos. Entonces..., ¿por qué habría de preocuparme, si extraigo una cantidad tan sustanciosa?

Y así estaba siempre: tan feliz y contento.



Este hombre tan simple, el zapatero remendón, era el hazmerreír de todo el mundo. A su costa las gentes conseguían divertirse cuanto querían y así solían contentar sus instintos y deseos maliciosos. Porque tenían de quien burlarse tanto como querían y es que todos lo consideraban una especie de tonto alocado.

Tenían por costumbre ir a verlo para conversar con él con el único propósito de divertirse un poco.

Y el simple, que de algún modo se daba cuenta de lo que ocurría, solía decirles:

— ¡Nada de bromas!, ¿eh?

Paro tan pronto como le respondían con gesto serio: «Por supuesto, nada de bromas», él aceptaba charlar con ellos.

Porque como solía sucederle habitualmente, su mente no albergaba pensamientos demasiado profundos y era incapaz de meterse en cosas importantes aunque por momentos se le pasara por la cabeza la idea: «¿Y si acaso fuera verdad que sólo venían a mofarse de él?». Pero, la desechaba de inmediato, porque, como ya se ha dicho, era un simple.

Sin embargo, en ocasiones, al cabo de un largo rato, finalmente advertía que estaban mofándose de él, y solía afirmar:

— ¿Y qué? ¿Qué pasa si eres más listo que yo? Puede que, en realidad, seas muy tonto. ¿Ya que, por qué crees que es tan grande hazaña burlarse de mí?

Y así era como habitualmente vivía el simple.



Bien, volvamos al primer asunto, es decir, regresemos al relato de lo que le estaba ocurriendo al amigo listo.

Antes de llegar a su ciudad natal, se extendió la noticia de su regreso, lo que causó un gran revuelo: «El genio vuelve a casa y lo hace lleno de grandeza y sabiduría».

Cuando el simple se enteró, decidió salir a recibir a su compañero de la infancia y le dijo a su mujer:

—Esposa mía, ¡dame mi elegante chaqueta! Debo ir al encuentro de mi querido amigo. Tengo que verlo.

Y ella, por supuesto, le dio el único abrigo que tenían y el zapatero se marchó inmediatamente a las puertas de la ciudad para recibir a aquel amigo tan listo y que regresaba en un lujoso carruaje.

Apenas verlo, el simple lo saludó, dándole una cariñosa y cálida bienvenida, porque se sentía lleno de alegría por el reencuentro. Y le dijo:

—¡Mi querido hermano! ¿Cómo estás? Alabado sea Dios que te ha hecho regresar, concediéndome el honor de volver a verte.

Y mientras él decía eso emocionado, el listo lo contemplaba con indiferencia. Porque para él ninguna persona en el mundo entero tenía la menor importancia. Nada ni nadie le merecían respeto ni aprecio alguno, ya que se consideraba muy por encima de todos y mucho más listo que nadie. Sobre todo, cuando se trataba de alguien como el simple, que se le antojaba, como a otras gentes, un tonto alocado.

Pero, no obstante, por el gran cariño que había habido entre ellos durante la infancia, el listo se dignó a saludarlo, y no sólo eso, sino que también lo invitó a que se montara en su carruaje y así, juntos, entraron en la ciudad.



Durante la larguísima ausencia del joven listo, tanto su padre como el de su amigo, el simple, habían muerto. Ambos hombres, otrora adinerados y más tarde